

20: ZACARÍAS I Y II. PRIMEROS ESQUEMAS DE LA NARRACIÓN EVANGÉLICA DE SEMANA SANTA

Si buscamos en la Biblia un libro llamado Zacarías II, no lo encontraremos. Sólo encontraremos un único libro de Zacarías, con 14 capítulos y situado entre el de Ageo y el de Malaquías. Sin embargo, Zacarías no es un único libro ni tampoco está escrito por un solo autor, aunque se presente así. Los capítulos 1-8 reflejan un período de la historia judía que es unos 100 años anterior a la de los capítulos 9-14. Al autor de los capítulos 1-8 se le debería llamar Zacarías I. Un autor anónimo debió de añadir los capítulos 9-14 al mismo rollo de los capítulos anteriores, y este añadido debería conocerse como Zacarías II. Recordemos que pasó algo parecido dentro del único rollo de Isaías. Como ya dijimos, los capítulos 1-39 de Isaías se refieren al siglo VIII aC. y son Isaías I. Los capítulos 40-55 pertenecen a un Isaías II, cuyos eventos son del siglo VI aC. y son los capítulos, por cierto, más famosos del conjunto porque J. F. Handel musicalizó bastantes fragmentos en su oratorio "El Mesías". Pero todavía están los capítulos 55-66 que forman un Isaías III, cuyo trasfondo es de un tercer período posterior: de entre el siglo V y el IV aC.

Tanto cristianos eruditos como no eruditos han ignorado y minimizado la importancia de Zacarías. Si, a los que proclaman que la Biblia es literalmente la palabra de Dios y su revelación, se les preguntase por Zacarías y por su mensaje, no sabrían qué responder. Lo único que podemos llegar a conocer o, mejor, a reconocer es un verso de su capítulo 9: "¡Regocíjate, hija de Sión! ¡Clama con fuerza, hija de Jerusalén, pues he aquí que tu rey viene a ti, triunfante y victorioso, humildemente montado sobre un asno, sobre la cría de un asno!".

Si recordamos este verso es porque se lee invariablemente cada Domingo de Ramos en todas las iglesias, y pertenece al pasaje sobre el que se modeló la escena que inaugura la Semana Santa. Fuera de esto, la mayoría de los cristianos suelen ignorar el resto de este libro. Sin embargo, el hecho es que los evangelistas citan abiertamente el libro de Zacarías al menos 8 veces y aluden a él alguna más. Pero fuera de algunas referencias del Apocalipsis, lo que se cita de Zacarías en los evangelios procede de Zacarías II, es decir, de los capítulos 9-14. La influencia de este segmento en la mente de los primeros cristianos, probablemente sólo la supera Isaías.

Para comprender esta influencia, es imprescindible salirse del paradigma bíblico literalista referido a los profetas. Es una insensatez patente, producto de una clara ignorancia bíblica, creer que Jesús fue el cumplimiento de las profecías de los profetas si se entiende por tal cumplimiento que Jesús dijo e hizo cosas que los profetas ya habían anunciado que el Mesías haría, y creer, además, que ello es prueba de la inspiración divina de unos, los profetas, y prueba, además, de la divinidad de Jesús. Los profetas bíblicos no fueron futurólogos ni conocieron "milagrosamente" el futuro que se iba a cumplir en Jesús bastantes siglos después.

Por su parte, los evangelios, hay que decir, no son crónicas históricas sino textos interpretativos. Son textos que se pusieron por escrito dos o incluso tres generaciones después de Jesús, y cuyo objetivo fue proclamar que Jesús había sido el Mesías. Si los primeros cristianos buscaron en las Escrituras fragmentos que expresaran vigorosamente la esperanza mesiánica de Israel y sus expectativas, y luego, a partir de ellos, escribieron la historia de Jesús, de modo que concordara con dichas expectativas, no fue sino para enfatizar la mesianidad de Jesús.

Las narraciones de las apariciones después de la resurrección incluyen el mandato de hacer este tipo de interpretación; y lo hacen atribuyendo a Jesús palabras y acciones que conducen hacia esta actividad. Lucas hace decir a Jesús, en la escena de Emaús: "Ay, gente insensata y dura de corazón que no cree todo

lo que los profetas han dicho... y partiendo de Moisés y de todos los profetas, les interpretaba las cosas de las Escrituras que se referían a él" (24:25-27). Lucas mismo, para enfatizar que esta actividad interpretativa procede de Jesús, hace repetir a éste, un poco más tarde: "Todo lo escrito acerca de mí en la Ley de Moisés y en los Profetas y los salmos debe cumplirse. Y entonces les abrió las mentes para que comprendieran las Escrituras" (24: 44-45). Lucas quiso indicar que el propio Mesías resucitado es quien inspira a los discípulos para que encuentren referencias en las Escrituras por medio de las cuales poder interpretar apropiadamente la experiencia que habían tenido al conocer y convivir con Jesús. Cuando los evangelios se pusieron por escrito, ésta era ya la principal herramienta hermenéutica de las comunidades.

El libro de Zacarías, pero especialmente Zacarías II, fue uno de los textos que más intervino en este proceso ya que los discípulos lo usaron a menudo para interpretar la vida de Jesús. Zacarías II comienza con la presentación de una figura que es, con toda probabilidad, una figura mítica igual que lo era el Siervo sufriente de Isaías II. El personaje mítico de Zacarías II es el Rey pastor de Israel. El Rey pastor de Israel es quien vendrá a Jerusalén, para reclamar su reino, no con pompa y esplendor sino montado en un pollino, humildemente. Marcos es el primero en escribir la historia del futuro "domingo de ramos" y lo hace incorporando a Zacarías pues lo cita casi literalmente. Mateo y Lucas copian a Marcos pero con pocos cambios. Juan cuenta la escena de un modo muy diferente, igual que en otras ocasiones. Jesús no hace una entrada triunfal sino que ya está en Jerusalén. Juan, además, sitúa la escena del "domingo de ramos" inmediatamente después de la resurrección de Lázaro, escena no contada en ningún evangelio anterior. Juan añade, enigmáticamente, que los discípulos no sabían lo que Jesús estaba haciendo pero que luego, después de su glorificación, "recordaron" que los profetas habían escrito antaño estas cosas acerca de él (Juan, cap. 12).

Cuando el arresto de Jesús, Marcos anota que "todos los discípulos lo abandonaron y huyeron" (Mc, 14:52). Para cuando los evangelios se escribieron (entre el 70 y el 100 dC.), los Doce ya formaban parte de la historia, ya eran unos personajes y unos héroes entre los seguidores de Jesús. Por eso convenía transformar un poco el abandono del maestro por parte de los apóstoles; relato que ya era indeleble. Esto fue lo que hizo Marcos al añadir que el abandono, lo habían vaticinado los profetas. Los discípulos no hubieran podido hacer otra cosa porque se tenían que cumplir las Escrituras. Esto los exoneraron de responsabilidad. No había que juzgar ni condenar moralmente su conducta. El texto profético aducido para "blanquear" semejante fraude apostólico proviene de Zacarías II: "Golpearán al pastor y las ovejas se dispersarán" (13:7). Mateo repite y expande esta conexión y Lucas también la incorpora.

Quienes condenan al Rey pastor de Zacarías II son quienes "trafican ovejas", lo cual trae a la mente la historia evangélica de la expulsión de los mercaderes que compran y venden animales, principalmente ovejas, para los sacrificios en el templo. La conexión con la historia de Jesús limpiando de mercaderes el Templo se torna clara en el último versículo de Zacarías, en el que el profeta dice que ya "no habrá más mercaderes en la casa del Señor" el día en el que venga el Mesías (14:21). Entonces cabe preguntar: el relato de Jesús purificando el Templo, ¿fue una historia literalmente histórica o una interpretación más de Jesús como el Mesías, conforme a algo dicho por Zacarías II? Creo que es razonable afirmar primero lo segundo.

La obra del Rey pastor, la anularon los "traficantes de ovejas" que incluso habían intentado sobornarlo para librarse él, según Zacarías II. El precio del soborno fueron "treinta monedas de plata". Pero el Rey pastor arrojó el dinero dentro del Templo (Zacarías 11:8, 12-14). Inmediatamente recordamos que Mateo introduce treinta monedas de plata en uno de sus pasajes sobre Judas Iscariote, y luego cuenta que éste las devuelve y las arroja dentro del Templo. No hay duda, por tanto, de que Zacarías fue la fuente de Mateo en este punto de su evangelio (Mateo 26:14-16; 27:3-7).

Zacarías II declara, en su siguiente capítulo, que Dios derramará compasión sobre el pueblo de Jerusalén, de modo que, "cuando miren a aquel al que han traspasado, se lamentarán por él como uno se lamenta

por la muerte de un hijo único, y llorarán amargamente como llora uno la muerte de un primogénito" (Zacarías 12: 10-11). Juan fue quien utilizó este pasaje cuando desarrolló la escena del soldado que clava una lanza en el costado de Jesús (Juan 17:31-37).

Zacarías es quien describe, en fin, el día en el que el Señor vendrá al final de los tiempos. Todas las naciones del mundo se reunirán en Jerusalén, en una gran batalla, y el Señor las derrotará. El Señor se asentará en el Monte de los Olivos y dividirá la montaña en dos. No habrá oscuridad y, al final del día, agua viva fluirá de Jerusalén, envolverá a todas las naciones de Oriente y Occidente, y el Señor será Rey de toda la tierra. Aquel día, todos adorarán al Rey, al Señor de las multitudes, y "no habrá mercaderes en la casa del Señor". Tal era el increíble cuadro mítico del amanecer del Reino de Dios; cuadro que los judíos habían aprendido a esperar ansiosamente. El agua viva es siempre símbolo del Espíritu Santo. Por eso este cuadro es una descripción de Pentecostés. Lucas claramente se basa en él cuando escribe su particular Pentecostés en el capítulo 2 del libro de los Hechos. El espíritu se derrama sobre todo el mundo, la unidad se da y todos pueden, en ese día, hablar las lenguas de los que los escuchaban.

Si ponemos juntas las piezas que hemos recordado, vemos todo lo que Zacarías II aporta al patrón narrativo de la semana final de Jesús: domingo de Ramos, entrada sobre un pollino, datos sobre la traición, sobre el abandono de los apóstoles, sobre la crucifixión y sobre Pentecostés. Con ello queda claro que el librito de Zacarías II, en sí mismo casi un desconocido, ejerció una influencia importante en el modo en que la historia de Jesús se recordó, se contó y se escribió.

Una conclusión es obvia: los evangelios no son ni historia ni biografía. Son descripciones interpretativas escritas por judíos, probablemente en las sinagogas, para describir al Jesús que los facultó y los llevó a un nuevo nivel de conciencia acerca de la presencia viva de Dios en Jesús y luego en ellos mismos. El Mesías había abierto para ellos el acceso a la presencia de Dios. Así fue como los discípulos identificaron a Jesús con el cumplimiento de las esperanzas mesiánicas de Israel y reclamaron para él la condición de Cristo y de Dios tal como se desarrollaría esto en los siglos posteriores y en los Credos. Con los ojos provistos de este nuevo tipo de orientación, la Biblia resulta una lectura entretenida, y más entretenida aún de entender.

— John Shelby Spong